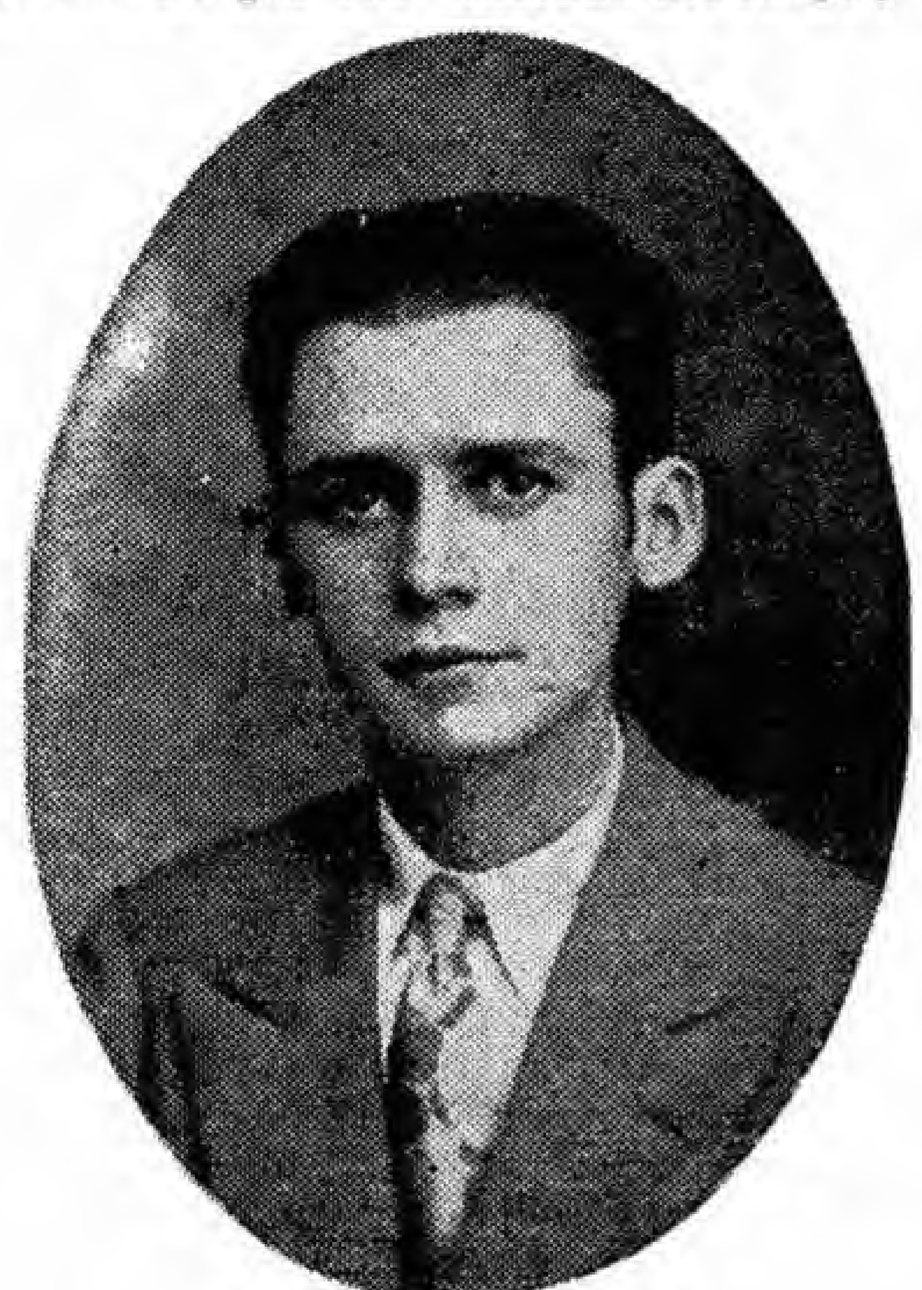
la gracia. Nos revela ese rocío sobre los sentidos, ganado con los ojos cerrados, que él necesitaba, es decir, la gracia de esa metáfora está en ese trueque, bajo la lluvia, de las bailarinas en jilgueros.

La lucha de su Eros con la Ananké marca uno de los momentos esenciales de su poesía. En su primera elegía, a la que no le puso nombre, la frustración del amor es equivalente de la muerte. La reminiscencia de la forma, reconstruída en la desolación, no basta a suprimir el reto de la imagen esquivada. Pero fue mucho más tarde cuando Ballagas logró habitar de símbolos la sombría morada del fuego y del vacío. El hundimiento en la otra elegía, marca las metamorfosis y la muerte en vida como castillo de resistencia. Al final de esos accidentes del Eros que conoce y que lucha con la fatalidad, esbozaba ya, en el poema en que busca tenazmente una definición del amor, la búsqueda de la Forma que entraña la suprema esencia. En ese momento de su vida existió como una larguísima pausa. Después empezó la lucha de sus sonetos últimos, que sería su último combate poético. Ya en esos sonetos se inicia la supresión del espejo, que conoce la lumbre derivada, para mirar cara a cara en los enigmas. Ahí, su *logos* formal lucha con sus visiones, con los lebreles acorralados, con la precisión de la muerte y con la búsqueda de la reciprocidad del encuentro de la gracia con la caridad. Los caminos de Dios hacia el hombre los esperó profundizando su palabra. Vió fluir la ternura de lo divino como una sangre, como una sangre que levantará las raíces y los ramajes del árbol que le dará sombra la interrogante y perdurable gracia de su poesía, más allá de la sombría morada del fuego y del vacio.



Alfarero que trabaja
"el barro de mi canto el barro de mi vida".

VIENTO DE LA LUZ DE JUNIO

Para Aurora Villar Buceta.

LLEVAME por donde quieras,
viento de la luz de junio,
—remolino de lo eterno.

¿A dónde?
Si ya he ido, si ya vuelvo.
Si ya nada quiero, nada;
ni lo que tengo, ni aquello
que estuve soñando ayer.
Ahora por no querer y no saber lo que quiero
lo quiero todo... ¡Qué júbilo!
¡Qué beato ahogarse en tu oleaje!
Soy como un niño que estrena
la pura emoción del Quiero.

¡Ay, la espuma, lo lejano
y aquellas voces, naranjas
—tacto, color y fragancia—
que se mueven en las frondas
como sorpresas redondas!

Llévame adonde tú quieras
—tú me ciñes, tú me vences—
que ahora me rindo dócil,
a tu voluntad viajera,
luz de jugar y de huir...

Llévame, llévame, llévame
a secuestrarme en lo eterno
—ansia, oleaje, grupa, crin—
viento de la luz de junio

Emilio Ballagas



Fueron los días de la alegre fuga.
"—obrero todo albo—"

virgilio piñera:

PERMANENCIA DE BALLAGAS

Tratemos de establecer lo que significa Ballagas en la poesía cubana. Creo —sin que tenga necesidad de intercalar la aclaración "salvando las distancias"— que a Ballagas se podría aplicar la frase de Hugo sobre Baudelaire: "C'est un frisson nouveau"... No encuentro mejor definición, captación más efectiva que esa frase corta, precisa, concluyente de Hugo, y, por supuesto, plenamente confirmada.

En seguida pongamos que Ballagas se ubica en esa fila de los "pequeños grandes poetas". En un ensayo, Edmund Wilson habla de los "minor writers". Sería error traducir el término por escritores menores. Se trata más bien de pequeños grandes escritores.

Por último, (por supuesto trataremos de profundizar todos estos aspectos) Ballagas tiene un lugar destacado en la poesía latinoamericana.

Cuando nuestro poeta publicó su primer libro de versos —"Júbilo y Fuga"— ciertamente La Habana no se "alborotó". Un joven poeta de Camagüey llegaba a la capital con su librito de versos bajo el brazo. (De paso diré que este fenómeno del joven de provincias con su librito bajo el brazo es todo una "constante" y sería muy divertido hacer una estadística). En ese librito, —que no es despreciable pero que al mismo tiempo no es apreciable— Ballagas se limitaba (creo que es el verbo exacto por cuanto nos deja ver que el poeta sería capaz de desbordarse) a jugar con las palabras. ¡Y cómo se divirtió Emilio escribiéndolo, y cuanta pasión de juego puso en él! Es un juguetео constante desde la primera página a la última: el "viento de la luz de junio" se mezcla caprichosamente con las naranjas, "que se mecen en las frondas como sorpresas redondas". Y el clímax lúdico, su exasperación, alcanza su punto alto en el poema de "La Jícara". Ha sido tan dicho y redicho, ha servido a tanto recitador —excelente, mediocre o infame— que no tengo necesidad de refrescar la memoria al lector. En suma, todo parecía anunciar que tendríamos un poeta más, nada sobresaliente, con "audacias verbales" procedentes de la firma Brull, con resabios del primer (y nunca segundo, tercero o cuarto) Florit, y claro está, con las hipóstasis obligadas de programa de los poetas franceses de ese momento y de antes de ese momento.

Conviene aquí detenerse siquiera un instante en la poesía cubana que se hacía por ese entonces. ¿Qué teníamos de "activo" poético? En verdad, nada de que pasmarse: poetas discretos que estaban bien, que podían ser leídos sin tirar el libro, pero tan sólo eso. Estoy tratando de limar asperezas pero no queda más remedio que decirlo de una vez: no contábamos, desde la desaparición de Casal, con ningún otro pequeño gran poeta. Sin duda, estaba Rubén Martínez Villena —caso mayor en nuestra poesía— pero la maldita tisis iba a interponerse entre él y su obra. ¿Qué quedaba entonces? ¿Los poetas coetáneos de Rubén? El tiempo nos permite una perspectiva segura de María Villar Buceta, de Ramón Rubiera, de Regino Pedroso, de Juan Marinello, de Rafael Esténger, de Enrique Serpa, de Andrés Núñez Olano (este último tuvo la valentía de decirme hace poco que había decidido dejar la poesía porque imitar a Valery a la perfección no bastaba).

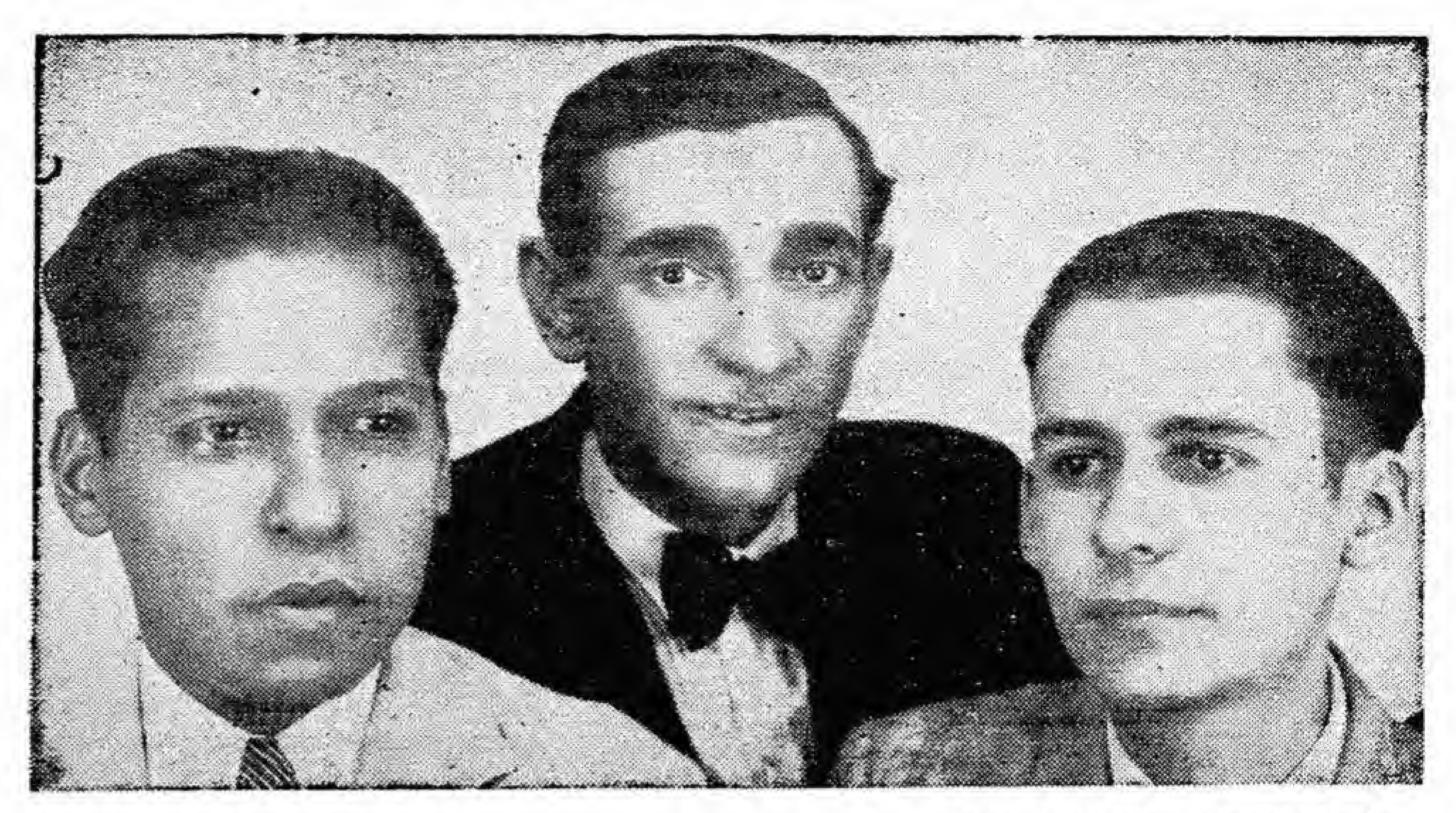
Por fin Ballagas conoce en La Habana a los poetas llamados de la "Revista de Avance". Entre ellos está la potencia enemiga, ese poeta del cual todos esperaban todo, y del cual ya se hablaba, *sotto-voce*, en el sentido de tener en muy breve tiempo a un gran poeta. Naturalmente, Ballagas se hace amigo de Florit, por el momento es su discípulo y rendido admirador en espera de salirle al frente y ver quien canta más alto. En este punto hagamos un paréntesis. En arte quien no se arriesga no cruza la mar. Es un lugar común pero de vez en cuando conviene echar mano a los lugares comunes. Y se lo aplico a Florit. El perfeccionó una forma (esto es positivo) pero no fué más allá. Se instaló en la misma, y semejante a esos amanuenses que nos hacen encantadoras figuras con una pelota de

arcilla, la cual forman y deforman a voluntad, su expresión poética siguió siendo la misma de los comienzos. A esto se llama regodeo, pero el alma pedía otra cosa. Aclaremos: no es posible que la pedrería vaya por un lado y el alma por el otro. Florit se hacía cada vez más lujoso, más estatuario, marmóreo y perfecto, pero todo eso era en detrimento de unas furias que inútilmente pugnaban dentro de él por dar los grandes gritos. Pasados treinta años, uno dice: ¿Y dónde está el hombre en estos versos? ¿Por qué me suenan falsos? Cierto que han alcanzado una rara perfección, no menos cierto que la sensibilidad ha tocado aquí una de sus cuerdas mejores, pero, con todo, no logro escuchar los gritos, han sido acolchados —acolchados por la belleza formal—, de gritos se han convertido en suspiros, y para eso en suspiros quintaesenciados, no se advierte el menor rastro de los efectos devastadores de una pasión, y si ella azotó una vida, el autor la sometió a una alquimia tan absoluta, que de la misma sólo aspiramos su perfume pero no sus miasmas.

Mas volvamos a Ballagas. Después de coquetear con la poesía de Florit y hasta imitarla un poco; aún cuando seguía afirmando que Florit era nuestro gran poeta, Emilio se apartó bruscamente de todo eso. En 1936 (año en que lo conocí) hizo una visita a Camagüey, donde yo residía. Una noche, después de cenar en casa, yo le mostré un poema, parece que muy alambicado, muy hecho. Dando golpes a su pierna con el papel, me dijo con inesparada vehemencia: "Pero, aquí, ¿dónde estás tú, Virgilio"? Entonces me habló de "Elegía sin Nombre", insistiendo todo el tiempo que en dicho poema él había puesto su cuerpo y su alma. De pronto citó, muy emocionado, el verso final de un soneto de Sor Juana: "Mi corazón sangrando entre tus manos"... Pasó un año y medio. Yo me fuí a vivir a La Habana para empezar mis estudios universitarios. Un día nos encontramos, y cuando previa cita volvimos a vernos fué para entregarme "Elegía sin Nombre". Entonces me dijo, mientras me lo dedicaba: "Ahora estoy bien metido en el sufrimiento". Y añadió: "Si cuando ya no exista a alguien se le ocurre escribir sobre mí por lo menos no me echarán en cara el sufrimiento".

Con ese poema (con los demás que siguieron) Ballagas comunicó a la poesía cubana ese "frisson nouveau" de que hablaba al principio. No sería excesivo ni tampoco desatinado afirmar que La Habana entera se sobresaltó y se conmovió con la "Elegía". El lector puede imaginar en este punto el número de poemas que a diario ven la luz pública o cualquier otra clase de luces, y consecuentemente también puede imaginar su poca o ninguna resonancia. El público puede hacerse lenguas fácilmente de una obra de teatro, de una canción, pero ¿de un poema? No es tan fácil. Cuando digo La Habana entera, se comprenderá que hablo de las cien personas que en esta ciudad tienen algo que ver con la poesía; pero aún así no es cosa frecuente que un poema "quede" encajado de manera definitiva, nos alborote y nos conmueva. La "Elegía sin Nombre" cumplía con todos los requisitos del caso para producir este efecto. Para empezar, si el poema no va más allá del poema su efecto se perderá poco a poco como círculos concéntricos que una piedra hace sobre la superficie de las aguas. Por el contrario, Ballagas lograba que su Elegía, propagando más y más sus ondas, alcanzara, como se dice, las fibras más sensibles de sus lectores, ésas que ya no son puramente poéticas o intelectuales si-

••••



"¡Compañero!... ¡compañero!"
Nicolás Guillén y González Marín

POEMA DE LA JICARA

A Mariano Brull

JICARA

¡Qué rico sabor de jícara
gritar: "Jícara"!

¡Jícara blanca,
jícara negra!

Jícara
con agua fresca de pozo,
con agua fresca de cielo
profundo, umbrío y redondo.

Jícara con leche espesa
de trébol fragante —ubre—
con cuatro pétalos tibios.

Pero... no, no, no,
no quiero jícara blanca ni negra

Sino su nombre tan sólo,
—sabor de aire y de río—

Jícara.
Y otra vez: "Jícara".

Emilio Ballagas

SENTIDOS

¡QUE me cierren los ojos con uvas!
(Diáfana, honda plenitud de curvas)

Que me envuelva un incendio de manzanas
y un claro rumor de dátil y azúcar!

Que me envuelvan —presagio de pulpa—
en ciruelas de tacto perfumado...

Inundadme
en pleamar de pétalos y trinos.

Que me ciñan —¡ceñidme!— de eclípticas azules

Emilio Ballagas





"con la palabra inicial y el dulce mañana intacto"





Los buenos días para los amigos
"Con palabras de agua cantaremos la ronda".

no humanas. Con semejante prueba ganábamos para nuestra poesía ese "nuevo estremecimiento", que Ballagas, en poemas subsiguientes enriqueció más todavía. Y es así que para 1939 (año de la publicación de "Sabor Eterno") ya Ballagas es un poeta "distinto" entre nuestros poetas: acaso éstos sean más perfectos, más modernos, más "intelectuales", pero Emilio, les llevaba la ventaja de haberse quemado, de haber atravesado, de extremo a extremo, ese infierno privado que un alma, en la tierra, suele, en muchas ocasiones, fabricarse. Y como decía, ese infierno era el resultado del sufrimiento. Y era también un precio elevado que se pagaba. ¿Quién no recuerda los versos de Baudelaire en *Bénédiction*: *"Soyez béni, mon Dieu, qui donnez la souffrance— Comme un divin rémede a nos impuretés— Et comme la meilleure et la plus pure essence— Qui prépare les forts aux saintes, voluptés!—*

Ahora bien, Ballagas, instaurando este "frisson nouveau" en nuestra poesía se iba haciendo por efecto del mismo ese pequeño gran poeta, que al principio de esta Nota hube de señalar. ¿Y por qué pequeño gran poeta? Aquí una vez más la muerte nos juega su mala pasada. Es sabido que en varias ocasiones cuando esperábamos mucho de algunos de nuestros mejores poetas la muerte ha venido a interponerse: la muerte se llevó (no hay otra expresión a pesar de su brutalidad) a Casal, a Martí, a Martínez Villena, a René López, a Zenea, a uno de los hermanos Urbach. Aparte de la pérdida irreparable, queda esa otra cuestión de mayor importancia para cualquier historia literaria: pero, ¿y si no hubiera sobrevenido esa muerte prematura, acaso lo habrían hecho mejor? Como no hay que cortar los cabellos en cuatro, prefiero pensar que a más años de vida mayores oportunidades de alcanzar la gran poesía. En el caso de Ballagas (que muere de cuarenta y siete; para muchos cubanos una edad casi senecta) todo hacía pensar que su poesía, con el decursar de los años, llegaría, según gustan de decir los profesores de literatura, a ese grado de madurez en que uno es, resueltamente (como cuando se asalta a alguien en un camino) un altísimo poeta. Pero como tenemos que conformarnos con lo que Ballagas alcanzó —y lo que alcanzó no había trascendido aún los límites de su historia particular y privada— es por lo que le damos ese calificativo (muy alto, por cierto) de pequeño gran poeta. Y conste que en la historia de nuestras letras los pequeños grandes poetas se pueden contar con los dedos de una mano.

Y esto puede extenderse a toda nuestra América. Si no me equivoco, en el prólogo a la "Antología de Poetas Argentinos", Borges dice:" Al contrario de nuestros hermanos del Norte (cito de memoria) los sudamericanos no hemos producido todavía un Poe, un Melville, un Whitman"... Latinoamérica, me parece que con la excepción de Neruda, ha producido hasta ahora esos pequeños, admirables, milagrosos pequeños, grandes poetas: Vallejo, Huidobro, Octavio Paz, Lezama, Guillén. A su vez, Ballagas, con pleno derecho, forma en esa constelación, y a cada día que pasa, sus poemas son más leídos y su resonancia se va haciendo cada vez más sonora. Leyéndolo, un amigo en Buenos Aires me decía: "Pero, che, ustedes los cubanos son macanudos: tienen a Ballagas y no se dan cuenta". Claro, él como recién se asombraba quería que también nosotros no saliéramos de nuestro asombro. Y es por eso, que a cinco años de su muerte no pudiendo asombrarnos sintamos en cambio conmovidos.

DOS POEMAS A LA MUERTE DE EMILIO BALLAGAS

UN POETA HA PARTIDO HACIA LAS FUENTES AMARILLAS (1)

A Emilio Ballagas, en el país de los helados bambúes

Era el más joven, y ya ha partido.
Mensajero del iris en la región de atmósfera de barro en donde desfallecen sin el vuelo las alas.
Las praderas de sombras, el país de los blancos bambúes, las Fuentes Amarillas,
para sus ojos nítidos ya no tienen misterios.

Hoy junto al kiosco sólo la soledad mis pasos acompaña.
Ya ni su risa, ni su canto infantil, ni su palabra trémula enflorecida de musicales ecos.
Ante el cercano invierno sólo el otoño pálido volando en mi camino conchas amarillentas.

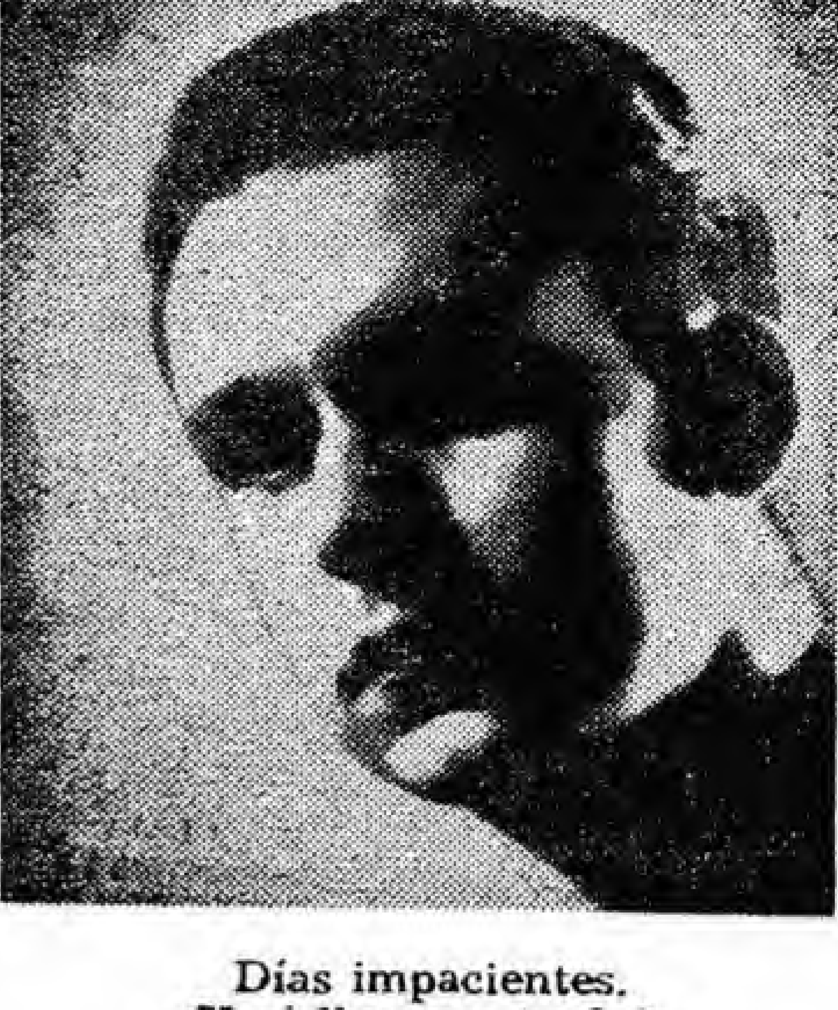
No era el trigal del viento, ni los terrestres ríos, ni la misma ciudad ni las creencias
lo que en el ancho océano armonioso trenzaba nuestras almas hermanas.
Era la luz, la atmósfera impalpable, la clara tierra astral de un universo inexistente.
Apenas si en el breve segundo de la vida pudieron estrecharse nuestras manos;
Pero él se ha ido, amarillo entre rosas, en su hermosa barca de alas insondables,
y hoy se abre ante mis ojos un mar de sombra en tan inmensa soledad que a su sola presencia mi corazón naufraga.

Se alejó con su voz de agua de estrella, de luz de música y presencias irreales,
y la raíz de su voz, su espíritu, nacido en los celajes que alimentan los sueños.
Hoy toco su presencia en la noche infinita de latidos que entre mis dedos dejan amarguras de ausencia.
La helada que comienza mi sendero a emblanquecer ya no es aquella que viera retornar las primaveras.
Todo ha empezado a enmudecer para el blanco silencio: las flautas, las danzas, las manos, las canciones; recogidas en sus ecos, las caracolas líricas...
Qué solo miro en torno amarillear los últimos rosales!
Y uno ha partido, sobre mar espumosa de misterios uno ha partido.
Ha partido ya aquél con quien en el invierno
yo hubiera querido dialogar calladamente sin pronunciar palabras.

Regino Pedroso

(De El ciruelo de Yuan Pei Fu. Poemas chinos, La Habana, 1955)

(1). Fuentes Amarillas. Expresión simbólica con que se designa al desconocido país de la muerte.



Días impacientes.
¿Y si llegaras tarde?...

XXXIII

CUANDO un poeta muere
sus palabras se alzan
del sudario del tiempo
y gravemente cantan.

Las que oscuras yacían
o truncas o gastadas,
se incorporan ansiosas
como lenguas de llamas.

Las que al nacer quedaron
atrás, mal abrigadas,
con el coro se unen
y en su gloria se igualan.

Cuando un poeta muere
su escritura es de espadas:
los poemas de pie
en el silencio claman.

Pueblo llorando al rey,
madres desesperadas,
inmóvil procesión,
friso de las palabras.

Las que nunca llegaron
a colmar la mirada,
majestuosas nos miran
con su radiante carga.

Las que en lívida sed
jadeando se quemaban,
muestran el fruto de oro
en las manos saciadas.

Las que pobres y errantes
por la intemperie andaban,
en el santo calor
las bebidas escancian.

Irreprochable cena;
empuñaduras, alas;
profundo vitoreo;
sola y sonante playa.

Cuando un poeta muere
cómo están sus palabras
con los ojos abiertos,
de la sangre cortadas.

Y cómo con su leche
divina lo amamantan,
y lo acunan y cuentan
sus hermosas hazañas.

Cintio Vitier

(De Canto llano, La Habana, 1956)





"Yo, mi propia estatua muda".